



Pasado el breve período de dos meses nuestra Comunidad vuelve a ponerse en contacto con los Hermanos de la Congregación para presentarles la figura de otro benemérito y santo coadjutor

## Don Francisco Martínez González

fallecido entre nosotros a la edad de 81 años, rodeado de la veneración y el cariño de todos los que tuvimos la suerte de conocerle y tratarle.

Los últimos años de su vida los pasó entre nosotros, que considerábamos su presencia como un verdadero regalo de Dios. Vino a ella desde China, donde trabajó cuarenta años como misionero. Todos teníamos la sensación de que nos había llegado un santo. Sentíamos la necesidad de cuidar y mimar en su progresiva enfermedad a quien nunca había regateado afecto y sacrificio hacia los otros.

Nació Don Francisco en Piñeira de Arcos (Orense), en 1897, en una familia campesina, profundamente cristiana, en la que asimiló los valores cristianos y humanos que en él siempre admiramos. Dios premió a aquella ejemplar familia con dos hijos salesianos: Francisco y su hermano Adolfo, sacerdote en la inspectoría de Córdoba.

En San José del Valle (Cádiz) hizo el noviciado y su primera profesión religiosa. En Utrera hizo sus votos perpetuos y con ellos su generosa entrega en la que siempre se mantuvo tan coherente y ejemplar. En las Escuelas Profesionales de Málaga pasó diez años como maestro mecánico. En la expedición de 1931 marchó como misionero a China. Siempre en Escuelas Profesionales y con el cargo de Maestro del Taller Mecánico forma parte de las Comunidades de Hong - Kong San Luis, Hong - Kong Aberdeen, Kunming, Shanghay Don Bosco, de nuevo Hong - Kong Aberdeen, y Macao Colegio Don Bosco. Finalmente, ya enfermo de arteriosclerosis pero cargado de méritos y bondades, vuelve a España en 1970, y tras breves estancias en Jaén y San José del Valle, llega a nuestra Comunidad del Hogar de San Fernando, en Sevilla, en la que falleció el 23 de marzo de 1978.

Los Hermanos de China que convivieron con él destacan en sus cartas dos situaciones difíciles vividas por ellos en las que Don Francisco dio ante todos la altura de su personalidad, la entereza de su espíritu y su profunda espiritualidad y santidad.

La primera comenzó el 8 de diciembre de 1941 hasta el 6 de mayo de 1942, durante el ataque y ocupación de las tropas japonesas. En la fiesta de la Inmaculada la Policía irrumpió en la capilla desalojando el colegio y creando el pánico y el desconcierto. Todos recuerdan con detalles, que no podemos transcribir en el reducido espacio de una carta mortuoria, el calvario de aquellos días.

Su pasaporte español por la neutralidad española en la guerra le permitió ser respetado en los primeros momentos y ser ángel custodio de los chicos, que tuvieron que huir de un lugar a otro, expuestos continuamente a peligros de bombardeos y amenazas. En todo momento Don Francisco era el salesiano cercano y sacrificado que infundía paz y bondad en aquel infierno de hambre y muerte. Sus gestos heróicos son recordados por todos. Desafiando peligros cuidaba de todos. Muchos cadáveres abandonados encontraron en él el santo Tobías que les daba respetuosa sepultura.

Otra situación difícil la vivió en 1949. Nos escribe uno de los testigos de aquellos durísimos años. «Al poco tiempo de la ocupación comunista, en 1949, las autoridades intentaron quitarles el control del Colegio a los Salesianos valiéndose de sus agentes para provocar descontento entre los maestros seglares e incidentes entre los alumnos con la finalidad de crear desórdenes que les permitieran intervenir en el Colegio bajo el pretexto de que los Salesianos no eran ya capaces de mantener el control.

Fueron días tristes y difíciles para los Hermanos. Pero en medio de aquella confusión destacó como un ejemplo para todos el espíritu de buen humor, de paciencia y humildad de Don Francisco. Los comunistas tuvieron que abandonar su plan, dado que la mayoría de los alumnos se opuso a denunciar a sus maestros y educadores salesianos. Solamente más tarde, habiendo introducido alumnos de otros colegios, consiguieron las autoridades el que los salesianos fueran denunciados públicamente y expulsados de la dirección del Colegio. Pero incluso los comunistas hubieron de reconocer la valía de Don Francisco, no sólo por el alto nivel de su capacidad técnica, sino por el profundo espíritu de delicadeza y paciencia que caracterizaban su trato con los alumnos, por lo que le invitaron a permanecer en el Colegio al frente del taller de mecánica. Permaneció hasta 1952, y durante aquel tiempo su bondad y cristiana caridad fue un silencioso pero claro ejemplo para los alumnos, a quienes no se les podía hacer referencia ninguna sobre la figura de Cristo».

## SU FIGURA MORAL

Siendo la santidad de los Hermanos obra de Dios y riqueza de toda la Congregación, es un deber intentar abrir a la admiración de todos la vida hermosa y ejemplar de nuestro querido Don Francisco.

Don Tohill, Superior Encargado de las Misiones en la Congregación, quien le visitó meses antes de morir, pues le quería entrañablemente, nos escribía:

«Yo, sin exageraciones, lo coloco entre los mejores hermanos que he conocido en mi vida». Así nos manifestaba sus impresiones y recuerdos: «En el mes de junio de 1940 estallaba la guerra en Italia y la comunidad de nuestra Escuela Profesional de Aberdeen (Hong-Kong), formada principalmente por italianos, se vio reducida de 33 a 13 hermanos. Unos veinte hermanos italianos fueron llevados a campos de concentración. En estas circunstancias fui enviado a Aberdeen para ayudar, comenzando el tirocinio como asistente de uno de los grupos de los 350 internos y asistente del taller de mecánica. Enseguida presté atención a un hermano que en casa era muy estimado por todos; se llamaba Francisco Martínez, jefe del taller mecánico, en el que trabajaban unos sesenta alumnos. Sobre él recaía la grave responsabilidad de la dirección del taller, siendo el único salesiano en aquel departamento. Era mucho el trabajo que debía realizarse y la situación exigía que él asistiera también en los dormitorios y en el patio. Al afrontar estas responsabilidades era siempre puntualísimo y fidelísimo.

Su piedad era excepcional: rezaba siempre. El escaso tiempo libre de que disponía lo pasaba siempre en la Capilla ante el Santísimo. Diariamente hacía el viacrucis. Casi siempre llevaba el rosario entre sus manos en las horas libres y durante la asistencia en los dormitorios.

Hay notas que no estoy conforme - Benito Bracor

A pesar de ser de los hermanos más sobrecargados de trabajo estaba siempre dispuesto a sacrificar su descanso y su escaso tiempo libre para aliviar el trabajo de los otros.

Cuántas veces, terminado el recreo, espontáneamente me sustituía en el estudio, en el que asistía a unos 200 alumnos profesionales, a fin de que yo pudiera bañarme. Yo era joven, apenas conocía la lengua, la asistencia del estudio me ocasionaba, como principiante, serios problemas. Después de los partidos de fútbol, en un clima muy caluroso, el hecho de proporcionarme tal alivio en la asistencia era para mí un gesto delicado y conmovedor. Jamás he olvidado este gesto de bondad repetido tantísimas veces.

A pesar de no dominar la lengua china, los alumnos, antiguos alumnos, los clientes y todos los hermanos de la inspectoría, tenían hacia él no sólo un gran respeto, sino una profunda veneración.

Cuando más tarde fui su director y luego su inspector, la convivencia más directa me confirmó las óptimas impresiones que me había formado de él en los primeros contactos.

Siempre pensé que cuando llegase la muerte del Sr. Martínez no rezaría tanto por él, sino más bien invocaría su protección, ya que su piedad, su caridad y su fe granítica impresionaba y conquistaba».

La reseña del carísimo Don Tohill, cualificado testigo de una vida ejemplar y que expresa los sentimientos de tantos otros hermanos de China que igualmente le recuerdan con veneración, nos abre a la riqueza salesiana de Don Francisco.

## SU ENTREGA GENEROSA

Mientras pudo mantenerse en pie vivió dándose a los demás. Como manifestaciones de esta entrega destacamos:

**Su capacidad de trabajo:** Su forma de actuar impregnada de seriedad y formalidad que le hacía entregarse de lleno a las tareas que se le confiaban hacía crear a su alrededor un ambiente de trabajo y de responsabilidad.

Su prestigio y competencia profesional, cuyos resultados eran bien patentes, infundían hacia él un respeto que conquistaba y le daban un relieve que él aprovechaba para su influencia evangelizadora. Fue, a juicio de todos, un gran trabajador que supo darlo todo sin regatear esfuerzos.

**Su espíritu de sacrificio:** «Lo dio todo, no exigiendo nada para sí» (D. Tohill). Esta actitud le llevó a darse todo en el transcurso de cada día y en momentos duros y difíciles en los que se descubrió su entereza de héroe. Los hermanos recuerdan admirados el viacrucis doloroso de la guerra mundial, donde él estuvo arriesgándolo todo y postponiéndose a todos. Admirable

su presencia entre los comunistas, que ocuparon el Colegio, que no podían explicarse el estilo de vida de aquel hombre, a quien tuvieron que respetar.

Don Denis Martín, en su carta desde China nos escribe: «Recuerdo que se hablaba cierto día en el comedor de los cambios que supondría el Concilio Vaticano. Bromeando alguno dijo que dichos cambios acarrearían una vida más fácil. «El Concilio —contestó Don Francisco— podrá cambiar muchas cosas pero jamás suprimirá ni el trabajo, ni el sacrificio». Estas palabras, continúa Don Denis Martín, resumen el espíritu de este hermano humilde y santo, que cifraba su felicidad y santidad en el diligente y sacrificado cumplimiento de su trabajo diario».

**Su fidelidad al Sistema Preventivo:** Su cercanía a los niños y jóvenes era para él una necesidad salesiana. Era la mejor expresión del amor que les tenía. Era el asistente salesiano ideal. Aún en sus últimos años, rondando los ochenta y seriamente enfermo de arteriosclerosis, se pasaba el día asistiendo en el patio. Asistía en tales circunstancias casi por «instinto salesiano». Esa entrega sacrificada y generosa era recompensada por el afecto y la veneración de los chicos que le rodeaban intuyendo la grandeza y capacidad de quererles que tenía aquel anciano misionero salesiano que no podía vivir sin ellos.

## SU VOCACION RELIGIOSA SALESIANA

**Pobreza:** Admirable fue su desprendimiento. «El testimonio irrefutable de su pobreza —nos escriben desde China— lo dio con su heroica y sacrificada dedicación al trabajo. Trabajaba incansablemente en el taller, y en los tiempos libres se dedicaba a los innumerables arreglos que siempre deben hacerse en una casa. Ni la radio ni la televisión eran para él objeto de recreo. Su diversión era el trabajo santificado por la oración».

**Castidad:** En sus apuntes espirituales era ésta la virtud por él siempre apreciada y destacada. Todos recuerdan su finura y delicadeza, al mismo tiempo que su admirable capacidad de querer profundamente a todos.

**Obediencia:** Salesiano de un gran espíritu de fe, su amor grande a Don Bosco lo supo encarnar siempre en la figura de los superiores, a quienes respetaba, aceptaba y apreciaba. Quienes le hemos tratado sabemos de sus gestos cargados de fe en la vida comunitaria, y de la veneración a quienes siendo superiores eran para él representantes del Señor y de Don Bosco.

**Piedad:** Su unión con el Señor se transparentaba. «No era hombre de muchas palabras, pero sus acciones eran altamente elocuentes». Don Tohill nos afirma: «Su presencia en casa era una garantía de que Dios estaba en medio de nosotros». En este gran hombre de vida activa había encerrado el corazón de un místico. En sus últimos años y aún en sus últimos meses,

cuando la enfermedad no le permitía expresarse con facilidad, dos eran los temas que más fácilmente provocaban sus lentes reacciones: el recuerdo de los jóvenes y la invitación a la oración. En esos momentos sacaba fuerzas de flaqueza. Eran los caminos de comunicación con Dios y la juventud, por él tan recorridos. Fue, como Don Bosco, un hombre de unión con Dios.

**Bondad:** Un salesiano que nos quiso a todos y a quien todos hemos querido. Entre nosotros, ¿quién no se interesaba por Don Francisco? Salesianos, chicos, empleados... Todos le sentíamos como algo muy nuestro. Es que todos habíamos captado la exquisita bondad de su corazón.

Queriendo pasar desapercibido, estaba en el centro de todos, pues, a pesar de su carácter reservado, la bondad se le transparentaba.

Nuestra comunidad ha sido en estos años enriquecida por su presencia. Quienes le conocían nos dijeron que nos había llegado un regalo de Dios. Hemos tenido, en frase de Don Tohill, «un verdadero tesoro de la Congregación».

Nos ha quedado la serena alegría de haber sido conscientes de ello y de haber correspondido a su amor a la Congregación y a su generoso servicio de misionero con nuestras atenciones y mimos a su persona.

«Hemos perdido un SANTO hermano, pero tenemos ya un potente intercesor en el cielo. Que el Señor nos envíe otros hermanos de la categoría de Francisco Martínez» (Don Tohill).

Con estos deseos y la oración a Don Bosco, reciban nuestros saludos:

LA COMUNIDAD DEL HOGAR DE SAN FERNANDO